

## El Idilio de Trigueros a la muerte de Montiano

---

FRANCISCO AGUILAR PIÑAL

*Homenaje a Trigueros en el segundo  
centenario de su muerte*

**E**l escritor neoclásico Cándido María Trigueros (1736-1798), en los primeros años del reinado de Carlos III, pasó largas temporadas en Madrid, donde su tío, Juan Trigueros, Oficial Mayor en la Secretaría de Cámara de Aragón, tenía buenas amistades entre los académicos de la Española, de la que era supernumerario desde 1755. Sin duda por su mediación, el joven Cándido entró en contacto con el círculo de amistades literarias capitaneado por el vallisoletano Agustín de Montiano y Luyando, que había rebasado ya las seis décadas de vida, y al que el joven Trigueros había mencionado elogiosamente en la *Ora-ción gratulatoria* de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, el 11 de febrero de 1758, como uno de los grandes literatos de la época<sup>1</sup>. Es el mismo año en que, sin tomar partido, escribe una elegante carta latina al erudito Gregorio Mayans, enemigo de Montiano, solicitándole ayuda bibliográfica para su gran proyecto de historiar la idolatría entre los primitivos pobladores de España<sup>2</sup>, colmándole también de elogios como el mayor erudito de España. Trigueros tenía entonces 22 años.

<sup>1</sup> Montiano, que había colaborado eficazmente en la aprobación real de la Academia sevillana, había leído en ella una disertación sobre la "Naturaleza de las églogas" en 1755, y unas "Notas para el uso de la sátira" en 1758. Véase: F. Aguilar Piñal, *La Real Academia Sevillana de Buenas Letras en el siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1966, pp. 322 y 323.

<sup>2</sup> F. Aguilar Piñal, *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros*, Madrid, CSIC, 1978. La correspondencia Trigueros-Mayans en el apéndice I, pp. 329-337.

Con Montiano, Trigueros no podía tener la amistad que se suele tener entre iguales, ya que, por edad, podía ser su hijo, y por prestigio social, les separaba un abismo, el que existe entre un todopoderoso Secretario de Gracia y Justicia y un humilde clérigo provinciano. Sin embargo, les unía una fervorosa dedicación a la poesía, como se deduce del *Idilio* que sigue, en el que se puede apreciar también una sincera admiración y el afecto de un discípulo hacia su maestro. Este poema, que se publica ahora en su integridad, está escrito en forma de diálogo pastoril entre “Alexis” (Eugenio Llaguno) y “Amintas” (Trigueros). De su lectura se desprende que ambos, en compañía de Montiano, pasaron horas alegres leyendo y comentando sus composiciones poéticas, en tardes primaverales a orillas del río Manzanares. Así, ante los atentos oídos de Montiano, Trigueros leyó su primera tragedia *Los Bacanales o Ciane de Syracuse*, escrita en 1755, cuando aún no había cumplido los veinte años. Es un drama trágico, basado en las *Vidas paralelas* de Plutarco, con reminiscencias calderonianas<sup>3</sup>. Por su parte, Llaguno les dio a conocer su *Atalía* (1754), traducción de Racine, escrita antes de cumplir los treinta. Ambos “pastores” de la Arcadia madrileña evocan los gratos momentos de convivencia poética con el “maestro” literario, entonces en la cima del poder administrativo y académico, cuyo nombre arcádico era “Leghinto Dulichio”. Aunque Trigueros era partidario de la rima, en esta ocasión se inclina por el verso suelto, como homenaje al amigo difunto, que había resucitado esta forma métrica, olvidada desde Garcilaso y que más tarde usaron Jovellanos, en su *Epístola del Paular*, y Moratín, en su *Elegía a las Musas*. Fallecido Luzán en 1754, los poetas madrileños de la “nueva escuela”, es decir, de quienes habían participado en la muy elitista Academia del Buen Gusto (1749-51)<sup>4</sup> tomaron por bandera la enseña de Montiano, y entre todos volvieron los ojos a los modelos clásicos, siguiendo las enseñanzas de Luzán. El poeta de Valladolid había dado ya suficientes muestras de su amor a la poesía, sobre todo por su constante asistencia y participación en la tertulia de la calle del Turco, a la que no faltó ni un solo día, presidida siempre por la anfitriona y dueña del palacio, la marquesa de Sarria. Entre los contertulios se encontraban tanto poetas de gusto barroquizante como defensores de una nueva línea próxima al clasicismo de los antiguos. La voz cantante de estos últimos es de presumir que la llevaría el preceptista Ignacio de Luzán. Los diez años que medían entre la muerte de este y la de Montiano (1764) son los de la “purificación” poética y consolidación de la tendencia que habría de alumbrar el nuevo “estilo neoclásico”. Pero no hay que olvidar que se

<sup>3</sup> C.T. Pabón, “Don Cándido María Trigueros y su tragedia inédita *Ciane de Syracuse*”, *Estudios Clásicos*, XVI (1972), 66-67, pp. 229-245.

<sup>4</sup> “La Academia del Buen Gusto fue algo más que un frívolo salón cortesano: fue el arranque de una nueva poética”: J. Caso González, “La Academia del Buen Gusto y la poesía de la época”, en *La época de Fernando VI*, Oviedo, Cátedra Feijoo, 1981, pp. 383-418. Las actas de la Academia, firmadas por Montiano, que fue uno de los fundadores y secretario perpetuo, han sido publicadas por M. D. Tortosa Linde, *La Academia del Buen Gusto de Madrid (1749-1751)*. Granada, Universidad, 1988, pp. 73-123.

trata de dos generaciones sucesivas, cuyo nexo de unión es precisamente el poeta vallisoletano, convertido en mentor y guía de los más jóvenes.

Sabido es que Montiano, sociable por temperamento, era ferviente partidario de las reuniones amistosas en forma de tertulias, ya desde sus años de Palma de Mallorca y de Sevilla<sup>5</sup> y más tarde, acudiendo en Madrid a la privada en casa del bibliotecario real Blas Antonio de Nasarre. Después de la muerte de Nasarre y de la desaparición de la Academia del Buen Gusto, ocurridas ambas en 1751, “empezó D. Agustín de Montiano, la persona de más reputación literaria de entonces, a reunir por las noches algunos amigos en su casa”, como dice Cotarelo<sup>6</sup>. Me interesa señalar que, entre estos contertulios, se cita a Luzán, a Eugenio Llaguno, su íntimo amigo y colaborador, a los jóvenes Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores, y a los hermanos Bernardo y Domingo Iriarte, que acudían acompañados por su tío Juan. Pero se pueden citar otros nombres. Por ejemplo, Nicolás Fernández de Moratín, que interrumpe su poema didáctico *La Diana o Arte de la caza*, al enterarse de la muerte de Montiano, para intercalar en su largo poema unos sentidos versos elegíacos a la muerte del amigo (“¡Oh, malogrado y dulce amigo!”)<sup>7</sup>, Vicente García de la Huerta<sup>8</sup> y, por supuesto, el joven Trigueros<sup>9</sup>, como se desprende de la lectura de los versos a la muerte del amigo común. En 1760, Montiano tenía 63 años y contaba con la admiración de prometedores jóvenes poetas: García de la Huerta (26 años), Trigueros (24), Moratín padre (23). Excepto el primero, conservador en lides políticas y literarias, los dos últimos captan el mensaje renovador y se alinean con las tesis de Luzán y de la primera generación de la lírica neoclásica, representada por Montiano.

En este sentido, el *Idilio* de Trigueros se sitúa en la vanguardia del neoclasicismo español, por la creación de un “ambiente” literario escrupulosamente clásico, con abrumadoras citas de nombres y situaciones mitológicas, culminadas por la emocionante invocación a las Musas, todo enmarcado en un lenguaje depurado, limpio de barroquismos y de expresiones vulgares. Pero no todo era armonía entre los componentes de la Ilustración española. Si Montiano se había creado enemigos anteriormente, por la amistad con su maestro Nasarre o por la “camarilla” de funcionarios vascos avocados en Madrid, cuyo poder suscitó la inquina de no pocos políticos, después de su muerte se revelaron otras enemistades no declaradas y quizás imprevisibles. Por ejemplo, la del

<sup>5</sup> R. Fernández Cabezón, *La obra literaria del vallisoletano Agustín de Montiano y Luyando (1697-1764)*, Valladolid, Editora Provincial, 1989, pp. 15 y 16.

<sup>6</sup> E. Cotarelo y Mori, *Iriarte y su época*, Madrid, 1897, p. 20.

<sup>7</sup> Publicados por J. Caso González, “De la Academia del Buen Gusto a Nicolás Fernández de Moratín”, *Revista de Literatura*, XLII (1980), núm. 84, pp. 5-18.

<sup>8</sup> P. Deacon, “García de la Huerta, *Raquel* y el motín de Madrid de 1766”, *Boletín de la Real Academia Española*, LVI (1976), p. 378.

<sup>9</sup> F. Aguilar Piñal, “Trigueros y García de la Huerta”, *Revista de Estudios extremeños*, XLIV (1988), pp. 291-310.

poderoso Campomanes, su sucesor en la dirección de la Real Academia de la Historia. Sabemos por carta de Trigueros, fechada en Carmona en julio de 1772, que el elogio de Montiano escrito por Llaguno, a requerimiento de la Real Academia Española, no se pudo publicar por decisión del fiscal Campomanes, "declarado enemigo del señor Montiano". Es lo mismo que le ocurriría a Trigueros cuando se intentó incluir en el primer tomo de *Memorias* de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (1773) este *Idilio* y una biografía del difunto, que sí fue leída en la Academia. Campomanes intervino ordenando la exclusión de la biografía, y que "no se ponga elogio alguno del señor Montiano". La Academia acató la orden y acordó publicar solamente el poema, pero Trigueros, herido en su amor propio, lo retiró también<sup>10</sup>. Hubo de pasar casi un siglo para que viera la luz el Elogio<sup>11</sup>. Otros ochenta años tardó en ser publicado el *Idilio*, aunque con mutilaciones y erratas, por el marqués de Laurencín<sup>12</sup>. He aquí el texto, tal como se ha podido reconstruir en su integridad:

### Idilio

de Don Cándido María Trigueros  
sobre la muerte del señor Don Agustín de Montiano y Luyando,  
entre los Arcades de Roma, *Legbinto Dulichio*.

Este idilio pastoril se conserva en dos versiones manuscritas. Una autógrafa de Trigueros, pero incompleta, que perteneció a Gayangos, en la Biblioteca Nacional de Madrid (Ms.18469) a la que le faltan los versos 128 a 289 y 334 a 336 (manuscrito A). La otra, en copia de M.J. Díaz de Ayora (manuscrito B) en la Biblioteca Colombina de Sevilla (84-4-35, ff.143-152) con algunas variantes. Fue publicado por el Marqués de Laurencín siguiendo el manuscrito de la Biblioteca Nacional (L). Como la muerte de Montiano ocurrió el 1 de noviembre de 1764, este idilio debe fecharse en ese mismo mes o, en todo caso, antes de finalizar el año. En esta edición sigo el manuscrito A, completado por el B en los versos que faltan. El autor del poema dejó escritas unas notas aclaratorias, que irán a pie de página. Las variantes irán al final del idilio.

ALEXIS      Amigo Amintas, seas bienvenido<sup>13</sup>.  
cuando hallarme consigo en tu presencia,  
mi corazón se ensancha de contento.  
No te he vuelto a ver más desde aquel día

<sup>10</sup> F. Aguilar Piñal, *Un escritor erudito...* p. 123.

<sup>11</sup> C.M. Trigueros, "Elogio histórico de D. Agustín de Montiano y Luyando y juicio crítico de sus obras", en *Memorias de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, tomo II, 1843, pp. 69-93.

<sup>12</sup> Marqués de Laurencín, *Don Agustín de Montiano y Luyando, primer Director de la Real Academia de la Historia. Noticias y documentos*, Madrid, 1926, pp. 147-153.

<sup>13</sup> *Alexis* es el Sr. D. Eugenio Llaguno, y *Amintas* el autor de este idilio.

- que a las frescas orillas del arroyo  
te oí cantar las tristes aventuras  
de la infelice Ciane, y su padre.  
AMINTAS Querido Alexis, seas bien hallado:  
aquí buscar podemos, si quisieres,  
algún lugar oculto y escondido 10  
donde a la fresca sombra nos sentemos,  
y podamos hablar a nuestro gusto.  
Yo también con placer oí mil veces  
tus dulces voces: cada vez que miro  
estas selvas, me acuerdo cuán gustoso 15  
te oía yo cantar en otros tiempos  
la justísima muerte de Athalía,  
hija soberbia de soberbia madre.  
Estos cantares eran los amores  
y las delicias de *Leghinto*.
- ALEXIS ¡Oh tiempos!  
¡Oh tiempos bienhadados y felices! 20  
¡Oh tiempos bienhadados y felices!  
Amintas, estos tiempos de alegría  
ya para mí pasaron, ya pasaron.  
Mira en esa pendiente la acopada  
encina, que a *Leghinto* tantas veces 25  
hizo sombra agradable con sus hojas,  
cuando con la dulzura de sus voces,  
y su trato aún más dulce que sus ecos,  
admiraba las Musas que le oían  
y llenaba de amores a las Gracias. 30
- AMINTAS Debajo de su copa nos sentemos,  
mientras las cabras van de roca en roca  
saltando con sus blancos cabritillos,  
y roen dulcemente las cortezas  
de los más tiernos árboles del bosque. 35
- ALEXIS Sea como tú quieras: aquí enfrente  
de este cañaveral mejor estamos:  
aquí nos cubre la agradable sombra  
de la encina que llena todo el aire  
con sus robustas y extendidas ramas: 40  
herir no dejarán sus hojas densas  
sobre nosotros los abrasadores  
rayos del Sol; del zéfiro más dulce  
los frescos soplos que ese bosque envía  
vendrán a retozar con los cabellos. 45  
¡Oh, antigua encina, bajo cuyas ramas  
tantas veces cantó nuestro *Leghinto*!  
¿Cuántas, amables ninfas, cuyo pecho  
llenó de mil amores su dulzura,  
escribieron su nombre en tu corteza? 50  
¡Qué de veces las fieras de los bosques

	te rodearon sólo por oírle!	
	Hasta los lobos, cuya vista temen los crédulos zagales, cuando el hambre devoradora al soto los traía	55
	a ser desolación de los rebaños, oyendo sus acentos se quedaban inmóviles y quietos como piedras. Este lugar, Amintas, será siempre sagrado para mí. Tú, noble encina,	60
	serás el respetable monumento de la grande dulzura de <i>Leghinto</i> . Las bellas Hamadriades del soto envidiarán tu suerte afortunada:	65
	se juntarán las Dríades y Ninfas en tropas y cuadrillas agradables, y a la felice sombra de tu copa la muerte llorarán del más amado y más dulce pastor de Manzanares.	70
	Todas las Musas tristes, macilentas, vendrán con su maestro, el bello Apolo, a celebrar de un año en otro año su aniversario, al son de sus dulzainas, y de la lira del que las gobierna.	75
	Pan sólo hará sus flautas y añafiles de las erguidas cañas que aquí nacen y junto a tu raíz perpetuamente ceden a los impulsos de los vientos. Los pastores vendrán todos los días a colgar en tus ramas gratos dones	80
	y te visitarán con reverencia cuando la Aurora, con rosadas manos, descorre el nuevo día como un velo sobre los perezosos y dormidos mortales. ¡Oh feliz, feliz encina...!	85
	¡Oh tú, <i>Leghinto</i> , tú la eternizaste! Canta, querido Amintas, canta alguno de los cantares que tú mismo has hecho de este amable pastor a la memoria.	90
AMINTAS	Sus alabanzas te diré con gusto y engañaré el tormento que ha causado pérdida tan amarga y tan sentida, con la dulce mención de sus elogios. <i>Musas que sois honor de este recinto, llorad, Musas, llorad: murió Leghinto.</i>	95
	Vos, ¡oh flexibles ramas! que en figura de bóveda os alzáis sobre mi frente, un sabio fuego inspire vuestra sombra en mi imaginación; en ella habite	

el dios que da calor a los poetas 100  
 y sobre mí me eleven gratamente  
 aquellos dulces soplos que agitaban  
 al gran *Leghinto* cuando, al son gracioso  
 de la flauta o añafil, cantaba en voces<sup>14</sup>  
 rústicas, naturales y sonoras 105  
 las tiernas y agraciadas aventuras  
 de los pastores y las bellas Ninfas.  
*Musas que sois honor de este recinto,*  
*llorad, Musas, llorad: murió Leghinto.*

¡Oh feliz Hamadriade, que habitas 110  
 en esta antigua encina, ¿cuántas veces  
 viste su docta frente, coronada  
 o de rosas, o pámpanos o mirtos,  
 elevar la armonía de sus ecos<sup>15</sup>  
 hasta igualar al dulce Anacreonte 115  
 o competir con Píndaro el ósado?  
 Los héroes terribles, y los tiernos  
 amores, agradaron igualmente  
 en sus labios, que todo lo endulzaban.  
 A él solo escucharían los pastores 120  
 la relación sangrienta de un asalto  
 o el furioso tesón de una batalla;  
 y solo de sus labios oiría  
 un soldado feroz los inocentes  
 y sencillos amores de las bellas 125  
 Ninfas y las Pastoras, o los juegos  
 de los lascivos Faunos y Egipanes:  
 todo en su boca fue dulce y sonoro,  
 porque fue muy amado de las Musas.  
*Musas, que sois honor de este recinto,* 130  
*llorad, Musas, llorad: murió Leghinto.*

¡Qué noble acogimiento le habrán hecho  
 Placidia, la agraciada e infelice,  
 y la tierna Virginia en los Eliseos!  
 ¿Ataúlfo y Virginia qué dirían 135  
 al que pintó tan bien sus aventuras?<sup>16</sup>  
 Icilio, el fino Icilio, con los brazos  
 abiertos, se vendría a recibirle.  
 Mas la sombra del noble decenviro,

<sup>14</sup> El héroe de este Idilio escribió varias poesías pastorales excelentes, y que se tienen por las mejores de sus obras.

<sup>15</sup> Escribió observaciones sobre las *Odas*, y varias odas bien trabajadas, unas de invención y otras parafraseando salmos.

<sup>16</sup> Escribió e imprimió dos *Discursos* sobre la tragedia, y con ellos las tragedias *Virginia* y *Ataúlfo*.

del doble Claudio la terrible sombra, 140  
 ¿dónde se escondería por no verle?  
 Tú, Orfeo, que en sus manos renaciste  
 a hacer dulces los fieros Baleares<sup>17</sup>  
 con el grato atractivo de tus cantos,  
 ¿qué cantarías al ibero Orfeo? 145  
 De haber sido robada te consuelas,  
 Dina, pues con el susto de tu robo  
 lograste de *Leghinto* ser cantada<sup>18</sup>.  
 ¡Ah! Las mismas virtudes, las virtudes,  
 de quien tan sabiamente cantar supo, 150  
 y a quienes celebró con tal dulzura,  
 erigirán altares a su fama,  
 y a su memoria quemarán inciensos;  
 irán ante sus aras venerables,  
 y llorarán, quejosas y amarridas, 155  
 de que les falta ya quien con sus voces  
 a seguirlas nos mueva de tal modo  
 que nadie, o quiera o pueda resistirle.  
*Musas, que sois honor de este recinto,*  
*llorad, Musas, llorad: murió Leghinto.* 160

¡Oh, vosotros, lejanos y extranjeros  
 Pastores agradables, cuyos cantos  
 os hacen admirar con justa causa  
 en los campos y climas más remotos! 165  
 Vos, cantores del Tiber, herederos  
 del famoso Marón que admira el mundo<sup>19</sup>;  
 los que el fuego templais de vuestro clima  
 del olivo a la sombra duradera,  
 con el vapor del tortuoso Betis<sup>20</sup>:  
 los que al margen del claro Rubricatus, 170  
 doctas desconfianzas aprendiendo  
 por acordarnos vuestro antiguo origen  
 y por ser dignos hijos de Barcino<sup>21</sup>,  
 excedeis en tesón y noble industria  
 las ciudades antiguas y famosas 175  
 donde tuvo su cuna y su sepulcro

<sup>17</sup> En las carnestolendas del año de 1719 se cantó en Palma de Mallorca su melodrama *La Lira de Orfeo*, impresa el mismo año.

<sup>18</sup> Escribió *El robo de Dina*, poema. Un amigo del autor le imprimió en Madrid en 1724 en 4º. Se imprimió en Barcelona, en 8º, sin año.

<sup>19</sup> Alusión a las Academias de que fue individuo. Fue "Arcade" de Roma con el nombre de *Leghinto Dulichio*.

<sup>20</sup> Fue académico de la Academia de Buenas Letras de Sevilla, cuya empresa es un olivo con el epígrafe *Minervae Baeticae*.

<sup>21</sup> Y de la que algunos caballeros fundaron en Barcelona con el nombre de Academia de los Desconfiados. Después se hizo Real.



la castísima viuda de Sicheo.  
 Carpetanos dichosos, entre quienes  
 nacerán de otra Mantua otros Marones,  
 y que habeis en tres templos a la gloria  
 lengua, memoria y manos, consagrado<sup>22</sup>. 180  
 Sobre la alta eminencia, cuya falda  
 riega el escaso río, fértil suelo;  
 remotos scitas, doctos nuevamente,  
 progenie de Messek, dignos vasallos 185  
 de aquel que del país de los Tartares  
 salió a ser el Ulises de la Scitia,  
 buen hijo y mejor padre de su patria,  
 del Newa moradores ateridos<sup>23</sup>,  
 que sabeis dar calor a vuestros cantos, 190  
 aun entre los carámbanos del norte:  
 oid, oid, cómo de roca en roca  
 va la gallarda Eco transportando  
 la virtud y dulzura de *Leghinto*,  
 al eterno palacio de la Fama: 195  
 ayudadla vosotros a que pueda  
 de la inmortalidad al alto Templo  
 llevar su nombre, porque se eternice,  
 y tendreis a las Musas favorables.  
*Musas, que sois honor de este recinto* 200  
*llorad, Musas, llorad: murió Leghinto.*

Vuelvan a ser tus voces animadas,  
 porque también con ellas resucites,  
 noble *Leghinto*: mira ya los vicios,  
 que, huyendo de tu sátira severa<sup>24</sup>. 205  
 se habían retirado a la remota  
 y cana habitación de los Triones;  
 vuelven alegres, y por nuestro daño  
 ya nos presentan sus semblantes negros  
 cubiertos de la máscara halagüeña. 210  
 ¡Ah, resucita!...¿Por qué, di, dejaste  
 de ser gloria y delicia de estos bosques?  
 La tristísima imagen de tu muerte  
 su amarillez terrible me presenta;  
 inunda en rudos ríos a mis ojos 215  
 y trueca en humor ronco mis cantares:  
 las Musas sólo inspiran alaridos.

<sup>22</sup> De las tres Academias de Madrid: de la Historia fue Director perpetuo; de la Española, académico de Número; y de la de San Fernando, académico de Honor y después Consiliario.

<sup>23</sup> Sin pretensión suya recibió el título de académico de la de Ciencias de S. Petersbourg y de otra nuevamente fundada en la Bahía de los Santos, por los portugueses.

<sup>24</sup> Escribió *Notas para el uso de la sátira* y cuatro sátiras.

De ti nos queda sólo tu memoria,  
 para habitar entre nosotros siempre...  
 Mis lágrimas precisas interrumpen 220  
 mis voces...No debían ser mortales  
 hombres tan parecidos a los Dioses.  
 Mas ya dejó de ser. Musas, lloremos.  
*Pues ya murió el honor de este recinto,*  
*llorad, Musas, llorad: murió Leghinto.* 225

Eleven a otros héroes señalados  
 monumentos, estatuas y trofeos;  
 levanten hasta el cielo en mil columnas  
 augustos testimonios de su nada;  
 profanen sus cenizas los elogios 230  
 con que la vanidad de los que viven  
 insulta a la memoria de los muertos;  
 alábenlos de haber vencido al Orbe,  
 de ser desolación de las Provincias,  
 de los daños que hicieron los alaben; 235  
 cuente la Historia que se alimentaron  
 de la inhumanidad y del destrozo;  
 y su terrible Gloria (si esta es gloria)  
 escrita con su sangre y con la ajena,  
 inmortalice sus barbaridades. 240

Mas, oh grande *Leghinto*, tu dulzura,  
 y el llanto universal, es tu alabanza.  
 También héroes hay entre las selvas.  
 El que hace bien a muchos, y a ninguno  
 hizo mal en su vida; el que fue amado 245  
 viviendo, y que llorado fue en su muerte,  
 es el que llaman héroe los Pastores.  
 Yo conozco a *Leghinto* en estas venas:  
 todos le amaron, y le lloraron todos.  
 Y si para ser héroe es necesario 250  
 lo que llaman valor ¿quién más le tuvo?  
 Saber sufrir es el valor más grande.  
*Musas, que sois honor de este recinto,*  
*llorad, Musas, llorad: murió Leghinto.*

Ya, Pastor venerado, ya moriste; 255  
 y contigo las Gracias de estas selvas.  
 Ya no hay quien haga amable a Manzanares.  
 Tú, Manzanares, ya no irás tan seco:  
 tus aguas crecerán con nuestro llanto.  
 Lloran las Ninfas sobre su sepulcro 260  
 y sus largos cabellos sobre él cortan.  
 Lloran sobre él Pastoras y Pastores,  
 y le riegan con miel y fresca leche;  
 aun el ganado llora también triste.

- Huye la vaca del amante toro  
y sobre su sepulcro se refugia; 265  
apenas llega el toro al sacro sitio,  
conoce el dueño, muge extrañamente,  
y se olvida el amor que le lloraba;  
la grama no es buscada de la oveja, 270  
que yace y bala, triste y amarrida;  
no trasquilan las cabras los lentiscos  
ni lamen el salitre de las rocas;  
los becerros, cabritos y corderos  
andan flacos, dispersos, y no exprimen 275  
las casi secas tetas de sus madres.  
¡Ah, que le lloran todos! Pues con todos,  
*Musas, que sois honor de este recinto,*  
*llorad, Musas, llorad: murió Leghinto.*
- Hasta las mismas plantas insensibles 280  
duelo harán por la muerte de su amado.  
Las selvas, las florestas y los bosques  
áridas gemirán, secas, desiertas:  
Ya Palas las dejó, las dejó Apolo.  
Aun los troncos sin voz hablarte quieren: 285  
¿a qué no les obliga el sentimiento?  
Ya los romeros no estarán floridos;  
tomillos, cantüesos, violetas,  
verde trébol, azules chupamieles,  
blancas alheñas, cuanto el campo cría, 290  
se volverá en abrojos y cambrones,  
mas tú recibir puedes, entre tanto,  
los dones que te ofrecen las deidades.  
Febo rural ya coge por las selvas  
las hojas del laurel que le consagran 295  
con que poner coronas a tus sienes:  
racimos colorados y maduros,  
y doradas espigas de las eras  
te dan los Faunos y la madre Ceres;  
la antigua Pales sus lecheros, llenos 300  
de blanca leche rebosando espuma;  
las Dríades dan miel; miel las Napeas;  
y la graciosa Flora da guirnaldas.  
Este supremo honor dan a los manes  
del Febo de estos bosques; yo mis lloros, 305  
yo mis lloros daré con vos, ¡oh Musas!  
*Musas, que sois honor de este recinto,*  
*llorad, Musas, llorad: murió Leghinto.*
- Antes será doméstico el cerdoso  
dentado jabalí, antes osadas 310  
serán las liebres y el león cobarde;

antes vendrán al monte los atunes  
 o hará dentro del mar su cueva el gamo,  
 ¡oh *Leghinto* famoso!, que mi Musa  
 y yo dejemos de cantar tus glorias. 315  
 ¿Mas, qué digo? ¡Cantar!...Si ya moriste,  
 no hay de quien aprender tiernos cantares.  
 No hará temblar la rama del espino  
 la canora calandria por ponerse  
 a decirnos desde él dulces canciones. 320  
 Callará el verderón sobre la jara,  
 que no destila ya sus gomas dulces;  
 el pintado jilguero ya no busca  
 las más altas ramillas de los fresnos.  
 No se esconde la Luna, como hacía, 325  
 detrás de claras nubes recatada,  
 a escuchar el cantor de media noche.  
 No, dulce Filomela, enmudeciste;  
 ya no acusas al pérfido Tereo,  
 ya no cantas sus bárbaros amores. 330  
 Sólo se escucha ya por la floresta  
 la voz desagradable y el graznido  
 de siniestra corneja o negro cuervo,  
 el cuco, la lechuza, el abubillo,  
 aves molestas y desagradables, 335  
 de eternos males pronosticadores.  
 ¡Ay, que no puede más mi triste Musa!  
 Indispensables llantos la interrumpen...  
 ¡Oh, basta ya! ¡Ya basta, Musas mías!  
 Callemos y lloremos, todo junto. 340  
*Musas, que sois honor de este recinto,*  
*callad, Musas, callad: murió Leghinto.*

Así cantaba Amintas tristemente  
 las verdaderas honras de su amado.  
 Alexis le atendía, y por oírle, 345  
 ahogaba con fuerza y con estudio  
 las lágrimas que apenas contenía.  
 Ya Amintas no cantaba y anegado  
 estaba en llanto, cuando el buen Alexis  
 aún juzgaba escuchar sus tristes voces, 350  
 y seguía callando y atendiendo.  
 Advirtió su silencio, y sus dos ojos  
 se desataron en amargos ríos.  
 Miráronse los dos con dolor sumo;  
 besaron de la encina la corteza, 355  
 ceremonia de amor y de respeto,  
 y sin mirar y llenos de pesares  
 se fueron cada cual a su rebaño.

NOTAS CRÍTICAS DEL EDITOR. La cifra identifica el verso.

15. "Estas selvas" en A, es sustituido en B por "estos bosques".
24. "esa pendiente la acopada" (A)= "aquel ribazo la copada"(B).
36. "tú quieras" (A)= "gustares" (B).
41. "hojas densas" (A)= "densas hojas"(B)
77. "a tu raíz perpetuamente" (A)= "a tus raíces tiemblan flacas"(B)
78. "ceden a los impulsos" (A)= "a todos los impulsos" (B).
101. "me eleven" (A)= "se eleven" (B)
114. "de sus ecos" (A)= "de sus voces" (B).
119. "que todo lo endulzaban" (A)= "que todo lo hacen dulce" (B).
295. En B el verso dice: "de su Daphne las hojas no tocadas".
296. "Ceñir" (B)= "poner" (A).
299. "los Faunos y la Madre Ceres" (A)= la Madre Ceres y los Faunos (B).
317. "¿de quién he de aprender dulces cantares?" (B).
320. "dulces canciones" (A)= "canciones tiernas" (B).
323. "Variado jilguero, ya no buscas" (B).
331. "se escucha ya" (A)= "se escuchará" (B).
332. "La voz desapacible y graznar mustio" (B).
357. "sin hablar" (B).